

**HOMILÍA EN LA MISA DE ESPÍRITU SANTO**  
**INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 2006-2007**  
**EN EL SEMINARIO DIOCESANO DE TARAZONA**  
**TARAZONA, 25 DE SEPTIEMBRE DE 2006.**

---

Saludos al Arzobispo metropolitano, a los sacerdotes, a los seminaristas, a todos los presentes. Saludos a las autoridades.

1. ***Hemos invocado al Espíritu Santo.*** Toda obra buena debe ser inspirada, acompañada y llevada a término por la gracia de Dios, por la acción del Espíritu Santo. Hoy comenzamos una obra especialmente buena, la apertura de curso en el Seminario Mayor de Tarazona, y por eso necesitamos especialmente de la ayuda de Dios, que no nos faltará nunca. Confiamos en la ayuda de la gracia, al inicio de este curso en nuestro Seminario Mayor. Más aún no hagamos nada que no esté inspirado y movido directamente por el Espíritu Santo, pues lo que procede de la carne es carne y lo que procede del Espíritu es Espíritu.

Os invito especialmente a fijar vuestra mirada en esta imagen de la Inmaculada que nos preside. Tiene un candor especial. Tallada en la escuela de Alonso Cano, hacia mediados del siglo XVII, tiene la capacidad artística de fascinar nuestra mirada por una belleza, que es destello de la belleza que brilla en María, la Inmaculada, la llena de gracia, la Virgen toda pura, la Madre de Dios que nos ha sido dada por Madre junto a la Cruz de su Hijo Jesús. Ella está hoy especialmente presente entre nosotros, como lo estuvo con aquel grupo frágil y temeroso de los Apóstoles en el Cenáculo, que al recibir el Espíritu Santo se convirtieron en testigos valientes de Jesucristo y columnas vivas de la Iglesia de Dios. Ella da nombre a esta Casa. Ella es la titular del Seminario: estamos en el ***Seminario Diocesano de La Inmaculada***. Con Ella y bajo su amparo materno iniciamos esta nueva etapa del Seminario Mayor de Tarazona, con temor y temblor, pero confiando plenamente en la gracia de Dios que nos hará fuertes para llevar adelante su obra de redención.

2. ***Hoy es una fecha histórica para la diócesis de Tarazona.***

Hace treinta y tantos años que esta Casa no celebraba un acto como el que hoy estamos celebrando: la apertura de curso del Seminario Mayor. Por eso, este acto tiene un alto valor significativo. Es de todos conocido que, después de la muerte del siervo de Dios Manuel Hurtado, obispo de esta diócesis turiasonense y fundador de este Seminario, que llegó a tener cerca de trescientos seminaristas, fue descendiendo de manera aparatosa el número de seminaristas mayores, candidatos al ministerio sacerdotal. Fueron años de crisis vocacional en muchos lugares. Con el pretexto de una renovación y fundados en una enseñanza que el Concilio nunca había enseñado, muchos Seminarios de España llegaron a cerrarse. Y en muchos lugares todavía no han levantado cabeza de aquel desastre estrepitoso.

Yo lo viví en Toledo, cuando todavía era seminarista. No hablo por tanto de oídas, sino de lo que yo mismo he vivido con mucho sufrimiento para tantos compañeros de entonces, que perdieron el rumbo de su vocación sacerdotal y bastantes de ellos perdieron incluso la fe. ¡En el Seminario perdieron la fe!

Había que alumbrar un sacerdote nuevo –se decía-, rompiendo con el modelo de sacerdote al uso. Se proponía abiertamente el modelo de sacerdote que viviera de su profesión civil, y que dedicara al ministerio sacerdotal sus ratos libres (si los tenía) o los fines de semana, para cumplir unos servicios, al estilo de un funcionario. Por supuesto, no sería necesario vivir el celibato. Más aún, la simple aspiración a este estado de vida suponía una sospecha de anormalidad, porque lo normal para un muchacho o una muchacha joven era casarse. En clase, se nos proponían libros como “Sincero para con Dios” de Robinson o “Secularización de la liturgia” de Maldonado.

Y el Seminario de Toledo quedó casi vacío y estuvo a punto de cerrarse. Llegó un arzobispo y afrontó el problema con toda seriedad. Muchos entonces no le comprendieron, pero él ha podido dar a la Iglesia más de cuatrocientos sacerdotes en época de sequía vocacional. ¿Cuál fue el secreto? Seguir el Magisterio de la Iglesia, las enseñanzas de la Iglesia, ni más ni menos. Y en esa tarea de la formación sacerdotal he tenido la oportunidad de gastar gozosamente gran parte de mi vida, al lado de quien hoy todos reconocen como un gigante en el tema de las vocaciones sacerdotales. Me estoy refiriendo al cardenal-arzobispo Don Marcelo González Martín. Desde el primer día os he dicho abiertamente, y no me avergüenzo de ello, que quisiera parecerme a él por lo menos en este tema del Seminario, porque de un Seminario casi agotado, mis ojos han podido contemplar en Toledo un Seminario rebosante, con más de doscientos alumnos, hoy presentes en muchas diócesis de España y con seis obispos jóvenes formados en sus aulas.

Procesos parecidos a éste han sufrido otros lugares en otras latitudes. No conozco todos los detalles del camino recorrido en Tarazona, ni es el momento de indagarlos. Pero algo de esto debió suceder, cuando un Seminario lleno, como el de Tarazona, en pocos años quedó casi vacío. Sus alumnos buscaron otras rutas y otros ateneos en los que formarse para ser sacerdotes. Y la sucesión rápida de los obispos en una diócesis pequeña como la nuestra, ha mantenido esa situación hasta fecha reciente.

Cuando los obispos de Aragón instituyeron el CRETA, pensaban seguramente en una solución para esta situación de crisis. Y junto al CRETA, el Seminario Mayor de Tarazona, instalado en unas casas de vecinos de la calle Ávila en Zaragoza, donde se han formado para el sacerdocio casi todos los sacerdotes jóvenes de nuestra diócesis en los últimos treinta y cinco años. Hoy quiero darle gracias a Dios por los trabajos realizados en esta etapa, por las personas vivas y difuntas que han dejado en esa tarea lo mejor de su sacerdocio, por los frutos de santidad que se hayan producido en el Seminario Mayor y en el Menor, que también concluye una etapa. Que Dios premie a todos el trabajo realizado por la Iglesia en este campo.

Lo cierto es que cuando el obispo que os habla llega a esta diócesis en enero de 2005, se encuentra el Seminario casi desierto: un solo seminarista en el Seminario Mayor de Tarazona, viviendo en la calle Ávila de Zaragoza. No busco culpables, Dios me libre. Que Dios nos juzgue a cada uno y tenga misericordia de nosotros. Pero permitid que el obispo afronte con toda seriedad este asunto, porque si no tenemos sacerdotes, nuestra diócesis no tiene futuro.

Cuando visité al querido papa Juan Pablo II, a los pocos días de mi consagración episcopal, en la visita *ad limina* de los obispos españoles, él me preguntó:

-¿Cuántos seminaristas tiene en su diócesis?

-Uno solo, Santo Padre. Pero le prometo trabajar todo lo que pueda en este campo de las vocaciones sacerdotales.

Él entonces me bendijo y me animó con su gesto.

Esta anécdota tan significativa ha estado presente en mi reflexión sobre el tema de las vocaciones sacerdotales en Tarazona. He rezado abundantemente, le he pedido a Dios luz para tomar las medidas prudentes cara al futuro, he consultado con muchos hermanos obispos más expertos que yo, he hablado con unos y con otros. Y he tomado la decisión de trasladar el Seminario Mayor a Tarazona. Las razones de mi decisión os las he explicado en una carta pastoral que publiqué en febrero de este año 2006: *El Seminario de Tarazona. Una nueva etapa*.

Os agradezco una vez más, como lo he hecho en otras ocasiones, el interés con que habéis acogido esta carta, la habéis leído, la habéis debatido incluso. Alguno no está de acuerdo con la decisión tomada. Lo comprendo. Pero yo asumo en primera persona la decisión tomada, después de oír al Consejo Presbiteral y al Colegio de Consultores, que apoyó la decisión. He actuado a plena luz, y en diálogo franco y abierto con todo el presbiterio. La presencia de casi todos los sacerdotes diocesanos en este acto avala el interés suscitado y la acogida positiva. Gracias, una vez más, mis queridos sacerdotes.

Las razones de venir a Tarazona, es decir, de tener a nuestros seminaristas, sean muchos o pocos, en casa ya os las he indicado. El Seminario es el corazón de la diócesis, y yo quiero llevar muy directamente esta preciosa tarea en una diócesis pequeña como la nuestra, que me permita gozar de la presencia de los seminaristas y ayudarles en lo que pueda directamente a su formación sacerdotal. A algunos he respondido bromeando: “Quiero estar cerca de mis seminaristas. O me dejáis que vaya a vivir a Zaragoza con ellos o vienen los seminaristas a vivir a Tarazona conmigo”. Ya se entiende que lo primero es inviable, y por eso he optado por lo segundo.

Pero el fondo de la cuestión es que no concibo una diócesis sin Obispo, sin presbiterio y sin Seminario en su propio territorio, a no ser provisionalmente. Pero la provisionalidad en este punto y en esta diócesis ha durado demasiado tiempo, con efectos colaterales negativos que todos lamentamos. Y menos teniendo un edificio en cuya construcción hace cincuenta años se empeñó la diócesis entera, acumulando una esperanza que no ha caducado. Y menos aún teniendo la posibilidad –quizá hoy mejor que antaño- de poder impartir aquí la enseñanza filosófica y teológica adecuada para los candidatos al sacerdocio. Una diócesis sin Seminario en su territorio languidece progresivamente hasta plantearse la posibilidad de extinción de la misma diócesis. Son ideas suicidas, contra las que hay que reaccionar enérgicamente.

Por el contrario, la apertura del Seminario Mayor en Tarazona supone para muchas personas con fina sensibilidad eclesial un aliento de esperanza en una época en que no faltan motivos de desánimo. De hecho en Tarazona, la apertura del Seminario ha puesto en movimiento al presbiterio diocesano, que necesariamente habrá de renovarse, nos ha hecho pensar en la preparación de un pequeño claustro de profesores, para lo cual han de prepararse los pocos sacerdotes jóvenes que tenemos. Todo ello nos enriquecerá a todos, sacerdotes, laicos, consagrados/as. La apertura del Seminario Mayor en Tarazona es una buena noticia y es una noticia de futuro para esta diócesis.

Tarazona no es una diócesis en trámite extinción. Tarazona es una diócesis viva, y en una diócesis viva hay obispo propio, hay un presbiterio y hay un seminario, donde se preparan los que un día serán sacerdotes.

### 3. *Necesitamos vocaciones sacerdotales.*

Todo lo que os vengo diciendo plantea una pregunta ineludible. Pero, ¿tenemos vocaciones? Y respondo de manera inmediata: -Sí, comenzamos el curso con trece seminaristas mayores, además de los dos menores, que estudian bachillerato. Entre los mayores, dos de ellos son nativos, es decir, de estas tierras. Cuatro son africanos, como es visible por el color de su piel. Siete son latinos, procedentes de las naciones hermanas de América. Cuando terminen su formación regresarán a sus países. Para ellos hemos puesto en marcha el Seminario. Ellos por su parte alegran esta casona grande, y esperamos que con la colaboración de este grupo de seminaristas podamos decir a otros jóvenes de la diócesis: “Venid y lo veréis”.

Y en todo caso, habremos hecho una gran obra misionera, como otras obras misioneras en las que Tarazona se está mostrando grande, al tiempo que ha sido enriquecida y oxigena con nuevos aires. Pienso especialmente en Cochabamba. Ellos proceden de lugares donde carecen de medios, mientras nosotros tenemos una historia y disponemos de unos medios que a ellos pueden servirles. Se trata de un intercambio de dones. Ellos nos aportan su juventud que renueva nuestra esperanza. Nosotros les damos lo que tenemos en la certeza de que ayudándoles a ellos ayudamos a la única Iglesia de Cristo, presente en América y en África. Hacemos una gran obra misionera sin necesidad de viajar a lejanos territorios.

Esta no es la solución definitiva, ni puede serlo. Mientras atendemos con todo cariño a estos seminaristas, que nos han llegado y que rejuvenecen esta casa, habremos de trabajar intensamente en la pastoral juvenil y en la pastoral vocacional de nuestra diócesis. Dios continúa llamando, no puede abandonar a su pueblo. Vocaciones sigue habiendo. Menos que antes, pero las hay. En Aragón también sigue habiendo vocaciones. Y, si las hay, ¿por qué no vienen a nuestros Seminarios? Es una pregunta que no debemos soslayar.

Permitidme que responda con algún párrafo de mi mencionada carta pastoral:

«Necesitamos recuperar la imagen vivida del sacerdote católico, enamorado de Cristo hasta vivir su celibato con entusiasmo, en una entrega constante a Dios y a los hermanos. El sacerdote que considera su sacerdocio como un don de Dios y lo recibe con gozo y gratitud. El sacerdote que no es elegido por la comunidad, sino que es llamado por Dios para servir a Dios y a los hombres. El sacerdote que es consagrado por el sacramento del Orden, y es configurado con Cristo con carácter indeleble, como sacerdote para siempre. Un sacerdote así suscita a su alrededor ganas de ser como él, suscita nuevas vocaciones al sacerdocio. Todos los sacerdotes hemos encontrado en nuestra vida presbíteros así, y antes de responder a la llamada de Dios, hemos visto realizada esa vocación en personas concretas. ***Hoy hacen falta sacerdotes que susciten en los jóvenes ganas de ser como ellos.***»

Todo eso lleva consigo un estilo de vida. Un sacerdote así es un sacerdote austero, no necesita tantos medios materiales, ni sueña con un coche mejor al estilo del mundo, ni gasta horas en ver la TV o internet, porque no tiene tiempo para ello. Un sacerdote así rezuma por todos sus poros amor a la Iglesia, a su Obispo, al Papa. Un sacerdote así no busca su propia voluntad o su capricho para instalarse en la vida, sino que busca la voluntad de Dios servida por sus superiores o reclamada por sus feligreses. Un sacerdote así es un sacerdote orante y trabajador, le faltan horas del día para hacer todo lo que se le ocurre, para rezar como debe, para atender a los fieles que le han encomendado. Un sacerdote así no adopta formas mundanas de diversión, no es vanidoso ni perezoso, viste como cura de manera sencilla. Sacerdotes así, enamorados de Cristo y de su sacerdocio, suscitan a su alrededor ganas de ser como ellos».

Queridos sacerdotes. He aquí la clave del problema. Os invito a vivir con mucha alegría y con mucha esperanza nuestro sacerdocio. La mejor campaña vocacional es la que realiza un cura, a pie de obra, viviendo a tope su sacerdocio. Antes o después, cuando Dios quiera, otros jóvenes vendrán a tomar el testigo de esa labor sacerdotal llevada adelante con esmero. Si en nuestros ambientes es escaso el eco de la llamada al sacerdocio, procuremos vivir nuestro sacerdocio como nos pide la Iglesia. Ese es el camino, por el que daremos fruto abundante, también frutos de vocaciones al sacerdocio y a la vida consagrada. Y con nosotros, las familias cristianas, los colegios de la Iglesia, los profesores de religión y los catequistas. Toda la diócesis debe tomar este asunto como de primerísimo importancia. Nos va el futuro en ello, y Dios no puede abandonarnos.

Invoquemos al Espíritu Santo, que venga sobre las ofrendas del pan y del vino y las transforme en el Cuerpo y en la Sangre del Señor, alimento de vida eterna para todos nosotros. Invoquemos al Espíritu Santo, que venga y nos transforme a nosotros en ofrenda permanente. Con María Inmaculada, invoquemos al Espíritu Santo, deseando un nuevo Pentecostés para nuestra diócesis que hoy comienza una nueva etapa en su Seminario. *Ven Espíritu Santo y transfórmanos*. Amén.